



DE



FEN



SO

RAS



HISTORIAS DE CAMBIO
Y TRANSFORMACIÓN
ANTE LA CRISIS
CLIMÁTICA



DEFENSORAS

Hace 10 años, en el Fondo de Mujeres del Sur (FMS), prestamos atención a un cruce que nos parecía entonces importante y que hoy aparece como esencial: el entrelazamiento de las injusticias socioambientales y de género.

La región chaqueña, que abarca zonas de Argentina, Bolivia y Paraguay, era un espacio donde la crisis climática se manifestaba en sequías e inundaciones oscilantes, afectando especialmente a mujeres y niñas. Y eran ellas, a su vez, las promotoras de cambios, de soluciones situadas.



En aquel entonces, apoyamos a 18 organizaciones del Gran Chaco (basadas en Argentina, Bolivia y Paraguay), con un interés particular en la problemática del agua. Alguna vez lo resumimos de esta manera: mujeres y niñas del Chaco caminan hasta 30 km por día para conseguir agua segura. Así, la no disponibilidad de agua segura afectaba una multiplicidad de derechos y las ponía en mayor riesgo. Era un problema en el que a su vez se mezclaban distintas variables: la contaminación, el desmonte, el despojo territorial, la falta de soberanía en las decisiones que afectaban sus vidas.

El avance de las industrias extractivas, de la especulación inmobiliaria y el agravamiento de la crisis climática hizo que cada vez el apoyo a las mujeres que impulsaban cambios, las defensoras ambientales, se tornara más importante.

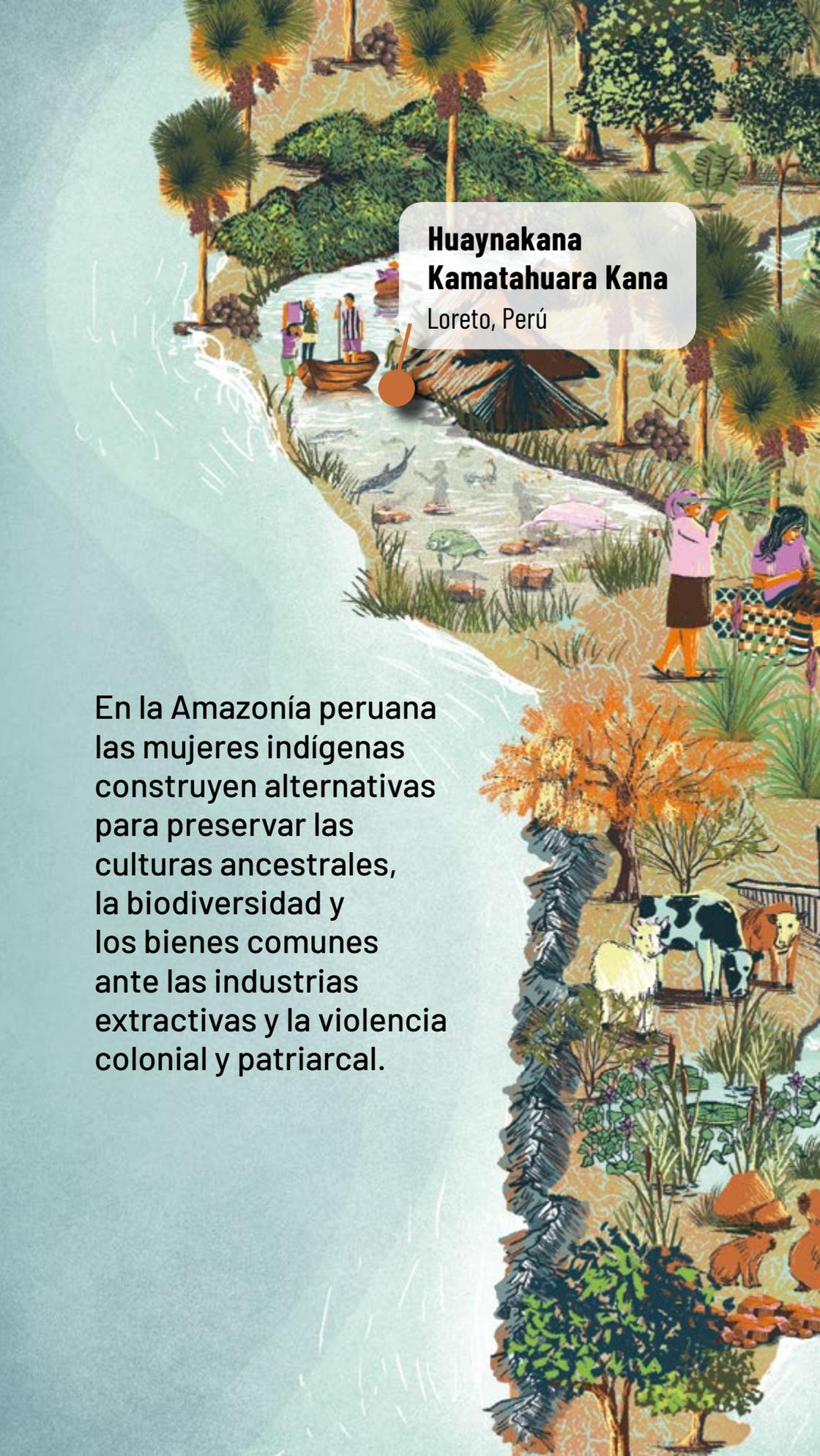


Sostuvimos entonces el trabajo para conseguir más recursos y apoyar cada vez más grupos y organizaciones de defensoras ambientales, ampliando las regiones y las causas, aliándonos con otros fondos y organizaciones del continente. La puna, los humedales, la Amazonía. La preservación de las culturas ancestrales, la incidencia ante actores clave, la construcción de alternativas para adaptarse o mitigar las consecuencias del cambio climático. Así, en 10 años, logramos apoyar más de 300 iniciativas de 93 organizaciones en Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Guatemala, México, Nicaragua, Paraguay, Perú, Venezuela y Uruguay.

En las páginas que siguen se desarrollan solo cinco historias, pero hay muchas más. Pueden ser pensadas de distintas maneras: historias de luchas territoriales, por la igualdad y la dignidad, historias de preservación, de mujeres que transforman. Todas son historias sobre cómo elegir opciones vitales, comunitarias, para transitar la crisis climática actual y pensar que otras formas de habitar y vivir son posibles.

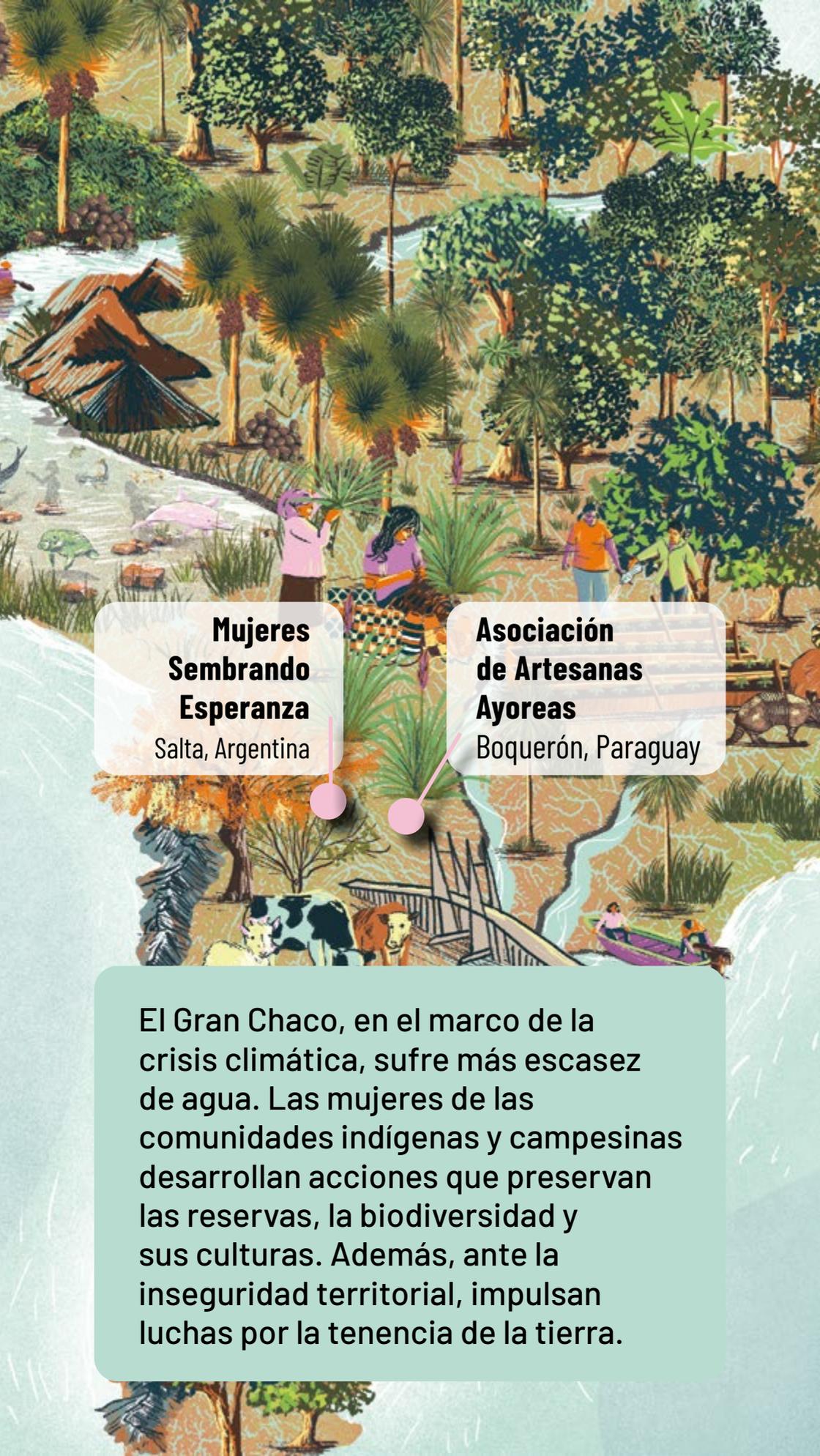
Pueden también ser leídas como un prisma a través del cual observar un futuro construido desde el ahora. Frente al catastrofismo imperante, las mujeres de las que tratan estas páginas proponen en distintos lugares de América Latina formas de relación con la cultura, la lengua, el territorio, los animales, las plantas, el agua y todo lo que consolida el vastísimo mundo en el que la especie humana también habita. Con imaginación política, compromiso feminista y escucha, ensayan en el hoy nuevas formas de existir que reponen vínculos perdidos y reinventan un modo de estar.



An illustration of a tropical river scene. In the upper part, a river flows through a lush landscape with palm trees and other vegetation. A small boat with several people is on the river. On the bank, there is a thatched-roof hut. In the lower part, a woman in a pink shirt and dark skirt is walking, and another woman is sitting on the ground. There are also some animals, including a cow and a pig, and a large tree with orange leaves. The background is a light blue sky with white clouds.

Huaynakana
Kamatahuara Kana
Loreto, Perú

En la Amazonía peruana las mujeres indígenas construyen alternativas para preservar las culturas ancestrales, la biodiversidad y los bienes comunes ante las industrias extractivas y la violencia colonial y patriarcal.



**Mujeres
Sembrando
Esperanza**

Salta, Argentina

**Asociación
de Artesanas
Ayoreas**

Boquerón, Paraguay

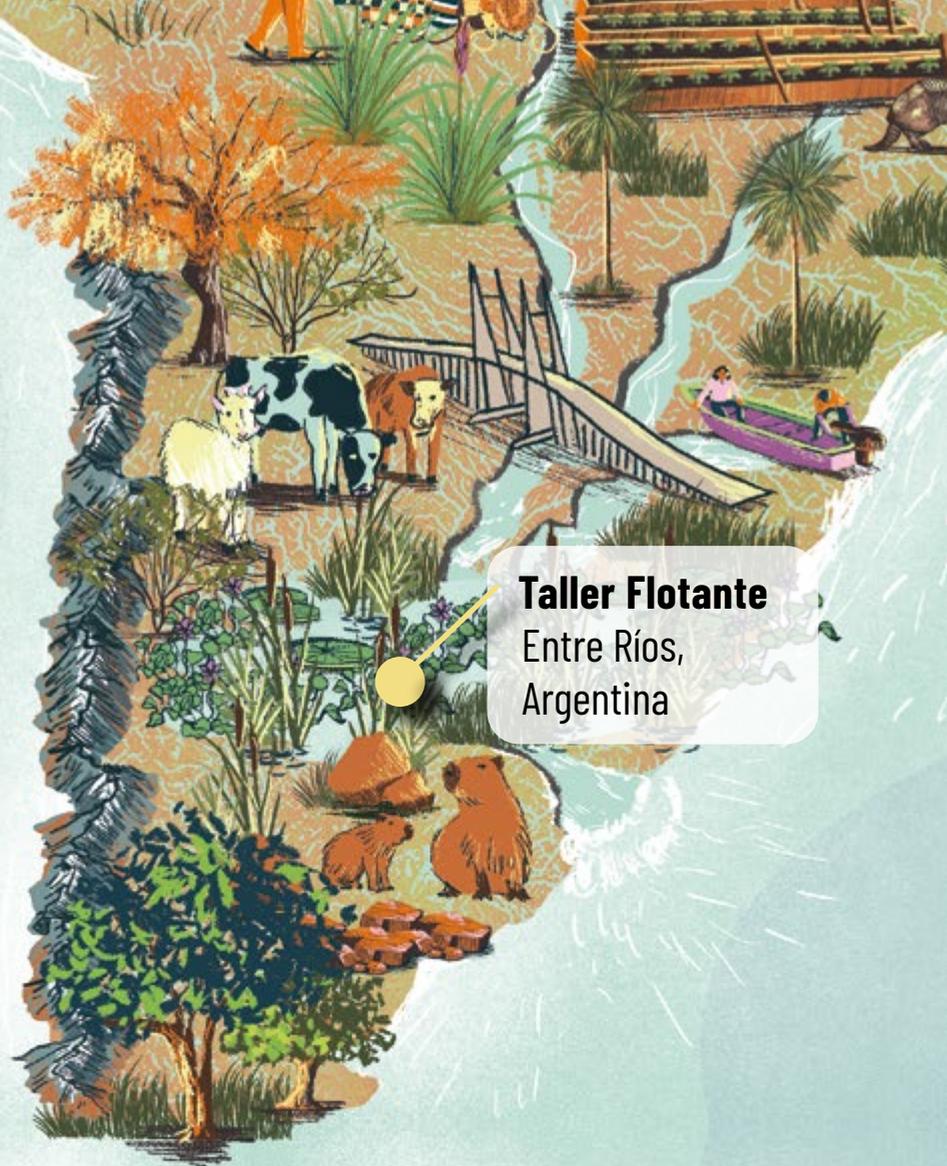
El Gran Chaco, en el marco de la crisis climática, sufre más escasez de agua. Las mujeres de las comunidades indígenas y campesinas desarrollan acciones que preservan las reservas, la biodiversidad y sus culturas. Además, ante la inseguridad territorial, impulsan luchas por la tenencia de la tierra.



**Mujeres de la Comisión
de Víctimas de la
Masacre de Curuguaty**

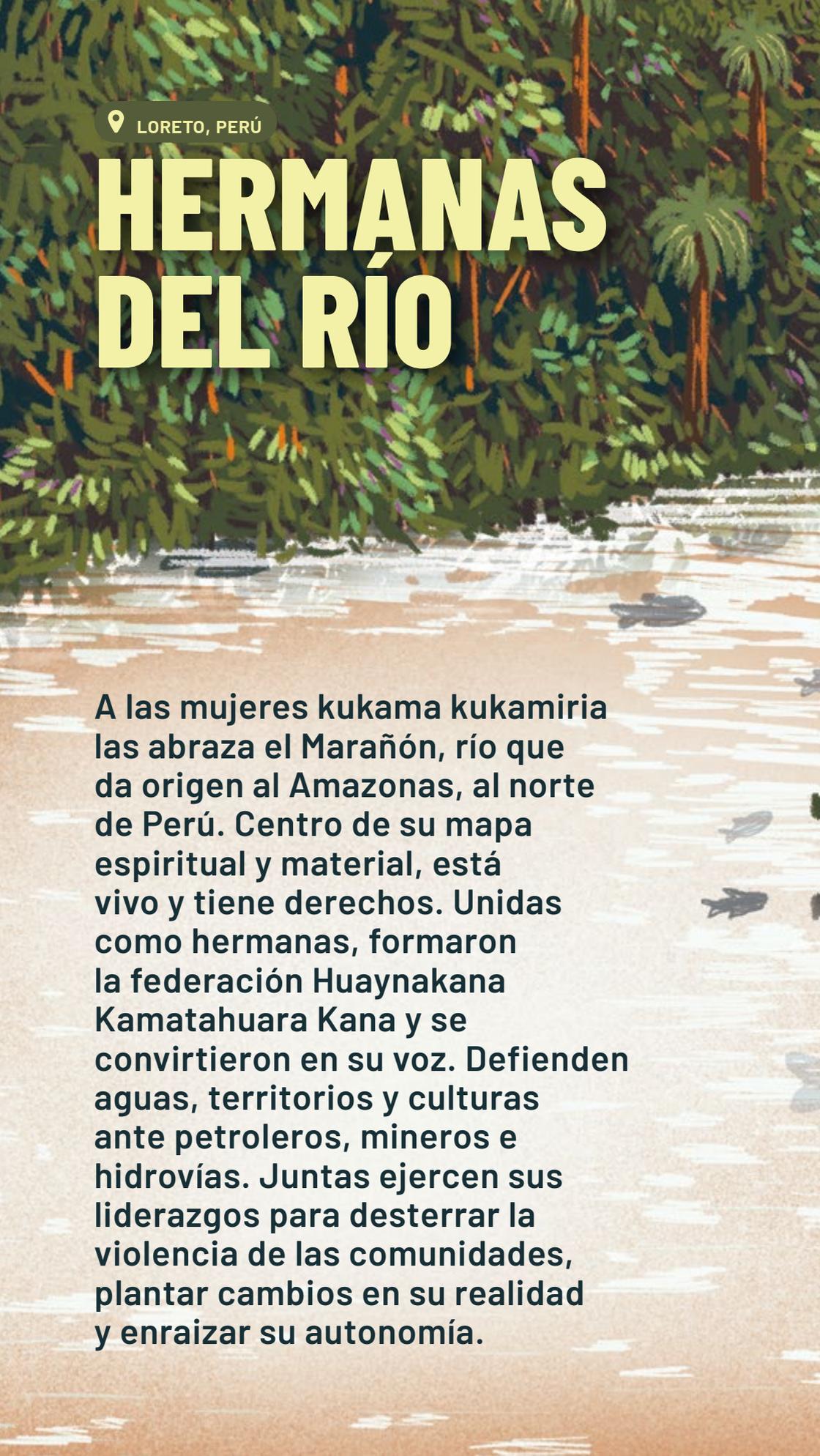
Canindeyú, Paraguay

En lo que queda del Bosque Atlántico del Alto Paraná, las mujeres sostienen procesos de recuperación territorial para comunidades campesinas e indígenas. Trabajan la tierra que habitan, buscando la soberanía alimentaria y la preservación de los bienes comunes.



Taller Flotante
Entre Ríos,
Argentina

Los humedales son la principal reserva de agua dulce del planeta y están desapareciendo, y con ellos también las identidades ribereñas. Las mujeres crean redes para preservar la cultura, las existencias comunitarias, los oficios y paisajes. Viajan por el río, se comunican y emprenden acciones de incidencia para proteger sus territorios.



 LORETO, PERÚ

HERMANAS DEL RÍO

A las mujeres kukama kukamiria las abraza el Marañón, río que da origen al Amazonas, al norte de Perú. Centro de su mapa espiritual y material, está vivo y tiene derechos. Unidas como hermanas, formaron la federación Huaynakana Kamatahuara Kana y se convirtieron en su voz. Defienden aguas, territorios y culturas ante petroleros, mineros e hidrovías. Juntas ejercen sus liderazgos para desterrar la violencia de las comunidades, plantar cambios en su realidad y enraizar su autonomía.



Nace en los Andes y confluye con el Ucayali para formar el Amazonas. Con nombre español y alma indígena, el Marañón recibe caudales de muchas fuentes. En su descenso de casi 1800 km riega paisajes que tienen cumbres, cañones con pinturas rupestres, pantanos, laderas y vergeles tropicales.

Con una cuenca del tamaño de Ecuador, alberga a 1025 especies de vertebrados, como el manatí, el delfín rosado, el delfín gris y el jaguar, además de 449 especies de aves. Alimenta las redes con sus peces, las costas con su limo y, en sus corrientes, bebe, se baña y viaja la gente. Sus brazos de aguas lechosas arrullan a los *karuara*, espíritus ancestrales que susurran sus saberes curativos a los pueblos de las riberas.



Ese vínculo poderoso y vital con el Marañón marca a las kukama kukamiria en su día a día. Mientras buscan desterrar la violencia de sus hogares, traer sustento para sus familias y formarse como lideresas, luchan para que ese ser vivo que les provee de todo lo que necesitan siga su curso, libre de las represas, del mercurio, de la explotación ilegal del oro, de los derrames de hidrocarburos que también las enferman a ellas y a sus comunidades.



Las hijas, madres y abuelas del distrito de Parinari, en Loreto, al norte de Perú, agrupadas en la federación Huaynakana Kamatahuara Kana –mujeres trabajadoras en lengua kukama–, iniciaron una batalla legal contra el Estado y otros actores clave con el fin de proteger el río Marañón. Casi tres años después de la demanda judicial, obtuvieron respuesta en marzo de 2024.

El reconocimiento del río Marañón como entidad con derechos llegó con una sentencia. El fallo a favor dispuso que como afluente vital tiene derecho a existir, a fluir, a ser restaurado, a ejercer sus funciones esenciales con el ecosistema y a permanecer libre de contaminación. Además, tiene derecho a tener voz, por lo que ellas, las mujeres kukama, fueron reconocidas por la Justicia como «defensoras y representantes» y dentro de su fallo, la jueza firmante instó a las autoridades a proteger sus derechos.



Como parte de la protección del Marañón, Huaynakana Kamatahuara Kana reforzará las actividades de reforestación que inició en el 2023. Para que no se los pueda tumbar, quieren registrar como hijos a 20 000 plántones de especies nativas.

El aguaje es una palmera para consumo humano, pero también se puede vender en otras formas. Del açai, el huito y el vino huaiyo, se usan los frutos. Los árboles de caoba y el palo de rosa permiten la extracción de aceite. El huayruro es para hacer artesanías, mientras que el copaiba y la sangre de grado son de uso medicinal.



Nada es para deforestar, todo es para cosechar frutos y aprovechar sosteniblemente el bosque en pie. Estas especies son materia prima de productos que las mujeres venden para mejorar sus ingresos y su calidad de vida. A través de la conservación de los recursos, este proyecto se enfoca en la autogestión y la autonomía económica.

Busca así convertirse en un eje importante para erradicar la violencia contra las mujeres. Por eso, «queremos administrar nosotras mismas, continuar el trabajo, confiar en nosotras», dice Mariluz Canaquiri, presidenta de Huaynakana Kamatahuara Kana.

Entrando casa por casa, comunidad por comunidad, Huaynakana Kamatahuara Kana –con el apoyo del Fondo de Mujeres del Sur (FMS)– impulsa la formación en derechos colectivos para contrarrestar las violencias sobre los cuerpos de las mujeres y los territorios de la comunidad.

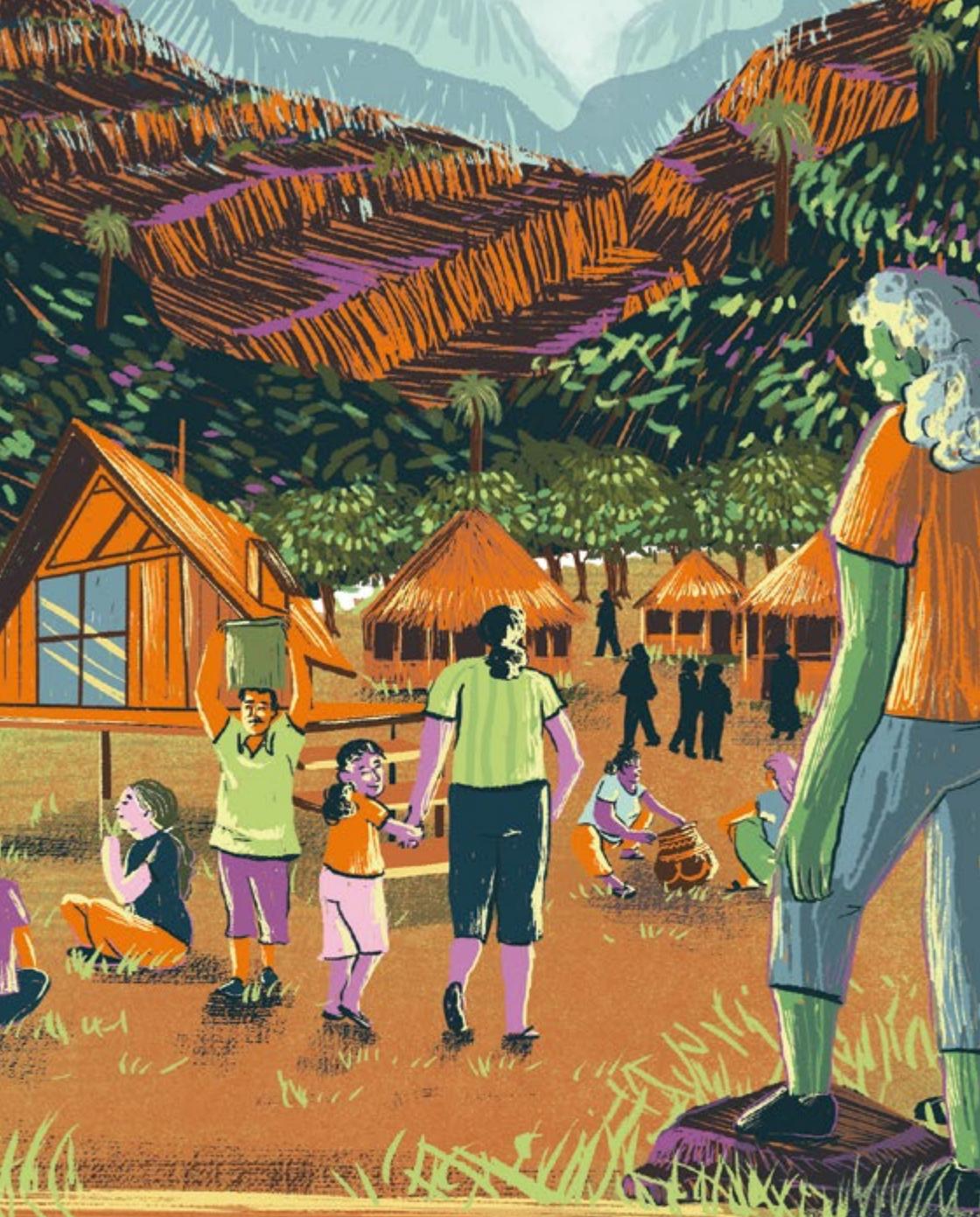
Este trabajo se realiza desde una mirada intercultural y tiene la intención de incluir la revitalización de la lengua kukama kukamiria. Pertenece a la familia lingüística tupí-guaraní y es hablada apenas por el 2,8 por ciento de su población, aunque la lengua se conserva viva en las mayores. La organización espera que estas mujeres puedan transmitirla a las más jóvenes y que esta enseñanza sea remunerada, para que quienes traspasan este conocimiento también tengan ingresos propios.



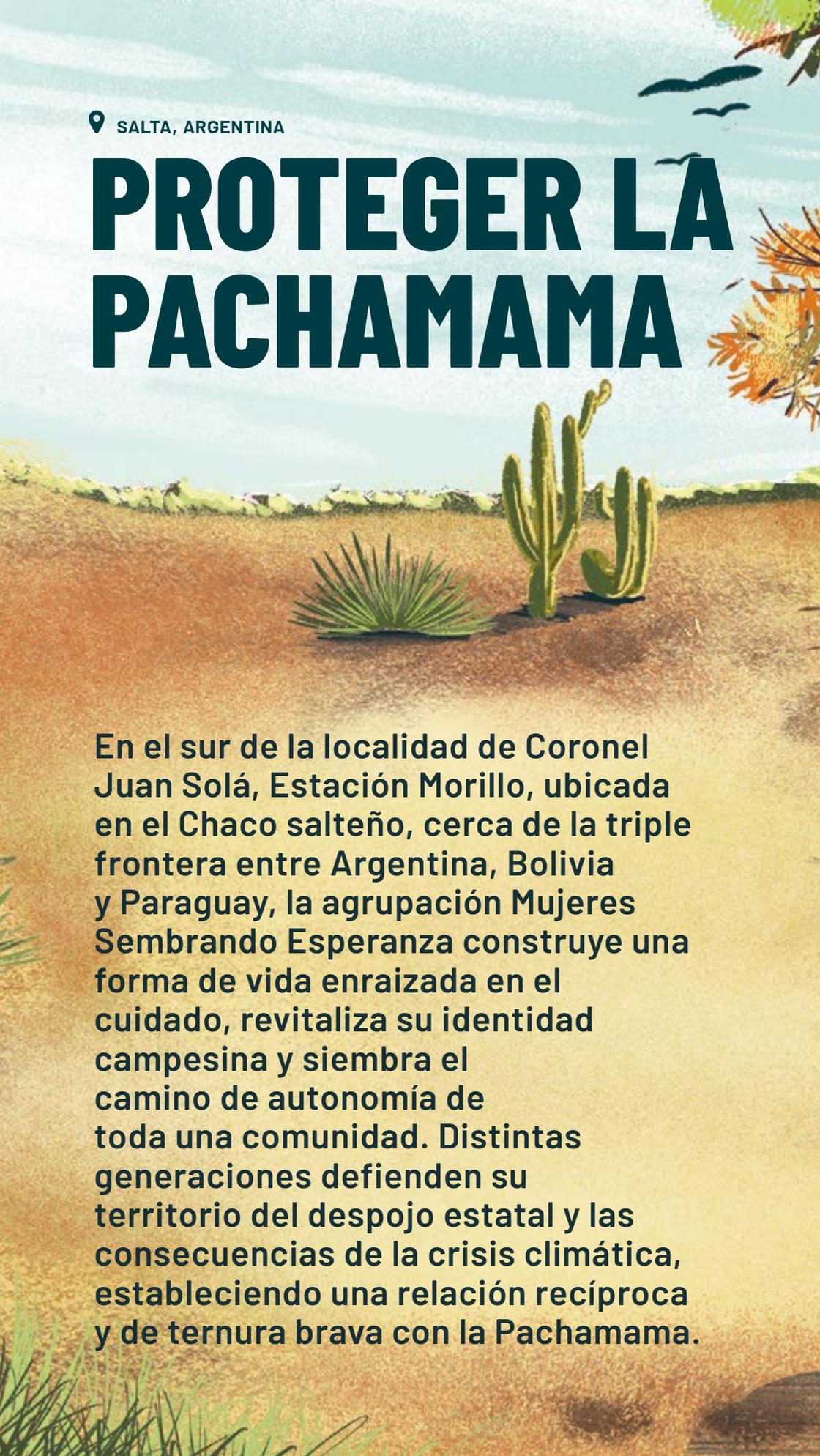
La orientación técnica y el fortalecimiento de las pequeñas iniciativas de artesanía y de las huertas familiares para el autoconsumo ayudan a garantizar la seguridad alimentaria. Eso permite que la federación pueda seguir transformando su realidad.

Las comunidades van sentando las bases de su futuro, un futuro en el que esperan construir un centro de sanación holística y de medicina ancestral. Allí, las curanderas y los curanderos tendrán un huerto permanente y podrán guiar en la toma de la ayahuasca tradicional.





Este local con el que sueñan será también el sitio para las reuniones comunitarias que permitan continuar con su resistencia, apuntalada en estrategias políticas y legales que resguarden sus territorios, su cultura y la revitalización de su lengua. Todas regadas por las aguas del Marañón.



SALTA, ARGENTINA

PROTEGER LA PACHAMAMA

En el sur de la localidad de Coronel Juan Solá, Estación Morillo, ubicada en el Chaco salteño, cerca de la triple frontera entre Argentina, Bolivia y Paraguay, la agrupación Mujeres Sembrando Esperanza construye una forma de vida enraizada en el cuidado, revitaliza su identidad campesina y siembra el camino de autonomía de toda una comunidad. Distintas generaciones defienden su territorio del despojo estatal y las consecuencias de la crisis climática, estableciendo una relación recíproca y de ternura brava con la Pachamama.

Era 2015 y un grupo de campesinas y campesinos se puso como barrera ante las máquinas que venían a arrasar su territorio. No era la primera ni sería la última vez que atropellaban sus hogares para desmontar y desalojar. En ese acuerpamiento colectivo, que conformaron para defender la tierra tanto legal como físicamente, radica su potencia.

El grupo Mujeres Sembrando Esperanza es parte de la Asociación Unión y Progreso, una organización de productoras y productores del Chaco salteño que aglomera a más de 1000 familias campesinas del norte de esa provincia argentina. Los une el reclamo por la tierra, el agua y la lucha para tener mejores condiciones de desarrollo en el territorio.



En 2021, su activismo las enfrentó a una persecución judicial que recayó sobre la lideresa Lucía Ruiz. La absolución en esa causa fue un gran precedente para ellas y significó un hito que les permitió dimensionar su fuerza como mujeres organizadas.

La autonomía de la que hoy se sienten orgullosas fue una conquista. Ser jefas en sus hogares y dueñas de sus vidas es parte de un proceso de trabajar juntas estrategias para formarse, conseguir financiamiento para sus proyectos, dar a conocer y gestionar la afiliación de familias a la ley de regulación dominial para cuidar el territorio, así como sostener su propia radio comunitaria y sus espacios de encuentro.

Si el Chaco salteño tuviera rostro, sería uno de mujer, porque para las mujeres organizadas se trata de una compañera más. Allí, son ellas las que lideran los trabajos de cuidados y gestionan la economía familiar: son las principales productoras de alimentos, de la ganadería a baja escala, y el sostén de las huertas comunitarias.





En su relación con el territorio no solo buscan sacarle provecho, sino abrazarlo y cuidarlo para que ya no sufran tanto una crisis que no provocaron. «Heredamos una tierra sin árboles», aseguran. Por eso se ven en la urgencia de preservar la poca vegetación que les queda y transformar su forma de vida, para adaptarse también a ella.

Las inundaciones y sequías alternadas y constantes de los últimos años degradaron la tierra en la que viven, volviendo especialmente difícil la cría de ganado, su principal actividad productiva. Como cabezas de familia, las mujeres tomaron la decisión consciente de transformar esa actividad.



Con el apoyo del Fondo de Mujeres del Sur (FMS) desarrollaron un sistema de gestión de los peladares. «Peladares» es el nombre que le dan en la zona al suelo degradado, «pelado», por el impacto de la ganadería y la agricultura extensiva, la deforestación y la sequía.

Con sus propias manos y herramientas, las mujeres cercaron áreas con corrales y construyeron sistemas de almacenamiento de agua. En esos lugares, dejan a sus animales, que mueven el suelo y lo preparan para la reforestación que realizan. Se trata de un mecanismo circular, a través del cual cuidan al ganado, contribuyen a la restauración del suelo y preservan la vegetación que queda.

Actualmente las lideresas son conscientes del valor de su trabajo como impulsoras del desarrollo económico en las comunidades rurales. Ellas tienen un rol fundamental en la producción ganadera, especialmente como encargadas del ganado caprino. Apoyadas por el FMS, participan de manera equitativa en el fortalecimiento de actividades productivas, pero teniendo en cuenta las acciones de mitigación de la crisis climática.





El hecho de reconocerse como productoras y profundizar sus habilidades técnicas tiene un impacto positivo en el ambiente, en la reducción de la migración de las juventudes del entorno rural al urbano y en el empoderamiento económico intergeneracional. Uno de los sueños que persiguen es trascender el territorio e ingresar al mercado argentino con su propia marca de carne y queso de cabra, y que esto les permita mayor independencia económica. «Que las mujeres puedan pagarse una consulta médica o comprar ropa para los niños», manifiestan.

En el Chaco más árido, estas mujeres siguen sembrando esperanza para las nuevas generaciones que deciden desarrollar su vida allí, en una relación armónica con la naturaleza. El ingreso de nuevas mujeres al grupo trae vitalidad a la lucha, retroalimenta las visiones y reafirma las convicciones. La semilla crece cada vez que una joven se apropia de la identidad campesina y asume su responsabilidad como protectora de la Pachamama.

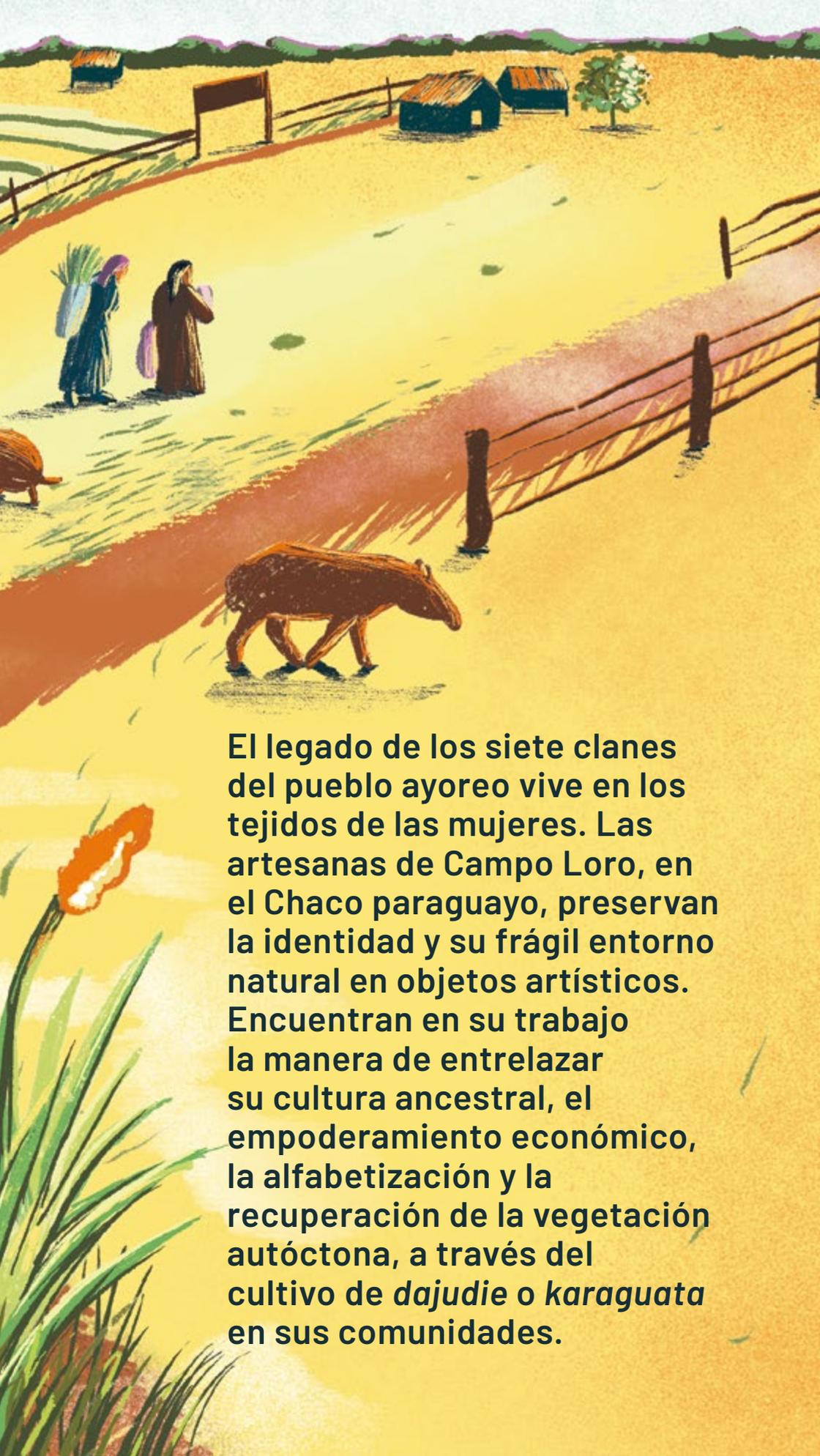




BOQUERÓN, PARAGUAY

TEJER LA NATURALEZA ANCESTRAL





El legado de los siete clanes del pueblo ayoreo vive en los tejidos de las mujeres. Las artesanas de Campo Loro, en el Chaco paraguayo, preservan la identidad y su frágil entorno natural en objetos artísticos. Encuentran en su trabajo la manera de entrelazar su cultura ancestral, el empoderamiento económico, la alfabetización y la recuperación de la vegetación autóctona, a través del cultivo de *dajudie* o *karaguata* en sus comunidades.



Los largos «talcales» y cañadas son como venas en los terrenos boreales apenas ondulados de la región Occidental de Paraguay. El Chaco Seco en su superficie semiárida solo permite que se formen lagunas saladas y el agua para beber es siempre escasa. Habitan esta vasta y compleja ecorregión animales como el *tagua*, el tatú bolita, el *ynambu'í*, el *taguato'í* y el *ypekũ hũ*. El vuelo de muchas aves de otras latitudes convierte su cielo en ruta migratoria durante el año entero. Esta diversidad contrasta con el despojo de la ganadería extensiva que avanza hace décadas.



A unos 480 km al norte de Asunción, en medio de las llanuras del departamento de Boquerón, se asienta Campo Loro. Rodeada de estancias, esta comunidad ayorea fue parte de una misión evangélica, pero ya cuenta con título de propiedad. La mayoría de las 1800 personas que conforman las 280 familias que habitan Campo Loro se dedican al trabajo jornalero para los establecimientos agroindustriales que depredaron su territorio.



Los ciclos naturales vigilados desde siempre por los pueblos indígenas fueron alterados por la explotación excesiva. La pérdida de la biodiversidad y el aumento de sequías ponen en peligro tanto el acceso al agua segura para el consumo como las fuentes de alimento. Así, el uso ancestral del territorio es más difícil de sostener. Pero las mujeres ayoreas de Campo Loro, con su manera de adaptarse a los cambios, logran conservar su cultura al recordar con sus tejidos y luchar por sus derechos.



La tierra chaqueña –a pesar de su desgaste y fragmentación– sigue anudada fuertemente al pueblo ayoreo, a través de las mujeres. Ellas caminan largas horas y en grupos para desenterrar la *Bromelia hieromyni*, que se dice *dajudie* en ayoreo, más conocida por el vocablo guaraní *karaguata*. Con estas plantas que transportan sobre sus cabezas crean las fibras para los textiles que materializan memorias profundas.





Los signos particulares y únicos de los Etacóre (Etacóro, en femenino), Picanerái (Picaneré), Chiquenói (Chiquenore), Dosapéi (Dosapé), Cutamurajái (Cuchaméjnoró), Jnurumini (Jnuruminé) y Posorajái (Posijnoró), como se apellidan los siete clanes ayoreos, se imprimen en las tramas que se transforman en bolsos, tapices y otros objetos. La identidad y la naturaleza se tejen en formas y colores que representan serpientes que zigzaguean con sus escamas, hormigueros que rompen la tierra con sus círculos, rastros de las andanzas del venado y líneas dejadas por el paso de las nubes.

Tejer marca la doble pisada de las mujeres. Como con los ancestrales zapatos rectangulares ayoreos, sin talón ni punta, que antes usaban, las artesanas hacen el camino hacia el futuro con la fuerza de su pasado. Se adaptan a la crisis climática, trasplantando *karaguata* cerca de la comunidad. Esto permitirá tener materia prima disponible, recuperar la biodiversidad y transformar sus vidas.





La Asociación de Artesanas Ayoreas –a la que el Fondo de Mujeres del Sur (FMS) apoya desde 2017– busca preservar su hábitat y cultura ancestral, y fortalecer su producción artesanal como medio de subsistencia.

En la Casa Cultural de Artesanas de Campo Loro, gestionada por la Asociación de Artesanas, las mujeres tienen donde reunirse, elaborar y exhibir su producción artística, y tejer estrategias para el desarrollo comunitario.

A medida que se dieron las conquistas, fue creciendo en las ayoreas el deseo de tener mayor incidencia tanto dentro de la comunidad como en favor de ella. Por eso participaron de la Ruta de Aprendizaje «Mujeres y Acceso a Recursos Naturales – Agua y Tierra», un encuentro internacional con otras mujeres cuyas luchas eran parecidas a las suyas. Vieron que para potenciar este camino tenían que poder visibilizar sus demandas y generar intercambios. Por eso, decidieron que era vital aprender a leer y escribir.

El programa de alfabetización –que también recibió apoyo del FMS– se realizó en su lengua y contó con la participación de las ayoreas en la elaboración de la malla curricular. En su fase inicial tenía la intención de que ellas pudieran reconocer sus nombres en documentos y gestiones. Pero también ayudó a mejorar la comercialización de sus productos así como el nivel de incidencia a la hora de exigir sus derechos, no solo ante líderes de la comunidad, sino también frente a actores estatales.





Para fortalecer lo técnico y lo organizacional, FMS canalizó en 2023 el apoyo que permite que las ayoreas se reúnan con profesionales independientes, que como ellas tienen compromiso con la sostenibilidad del ambiente y la naturaleza chaqueña.

📍 CANINDEYÚ, PARAGUAY

TIERRA, JUSTICIA Y LIBERTAD





Las Mujeres de la Comisión de Víctimas de la Masacre de Curuguaty emprendieron una búsqueda implacable por la justicia, por sus compañeros que perdieron la vida y la libertad, por el derecho al territorio y a la dignidad. La marca de la masacre sigue indeleble, pero las mujeres del asentamiento Marina kue –ubicado 270 km al este de Asunción, la capital paraguaya– transformaron un territorio arrasado por el dolor y la deforestación en una comunidad modelo. Bajo su visión campesina y feminista, la construcción colectiva está en el centro de sus prácticas diarias.

Reescribir la historia no es fácil, menos sobre cenizas. Desde el 15 de junio de 2012, algo cambió para siempre para las familias campesinas asentadas en las tierras de Marina kue. Once de ellos perdieron la vida en un violento enfrentamiento con la policía, que buscaba expulsarlos de su territorio. Seis agentes policiales también murieron.

Para la Justicia, los únicos culpables y perseguidos fueron los hombres y mujeres del campo. Solo se investigó quién mató a los policías, no quién disparó contra los campesinos. Así empezaría la valiente lucha por un pedazo de tierra y de justicia por parte de la agrupación Mujeres de la Comisión de Víctimas de la Masacre de Curuguaty*.

* Más información en *Justicia, Tierra y Libertad. Marina kue, diez años después* en <https://bit.ly/Marinakue-2022>. Codehupy (2022).



Las lideresas de Marina kue tenían todo un sistema de privilegios en su contra. En Paraguay, el 90 por ciento de las tierras está en manos del cinco por ciento de la población, y es considerada la tenencia más desigual del mundo. Además, si bien la criminalización de la lucha por el territorio es algo que las antecede, la masacre de 2012 marcó un punto de inflexión en la historia política del país.



Para ellas había solo un camino posible: acceder a la verdad sobre «¿qué pasó en Curuguaty?», obtener la libertad para sus compañeras y compañeros injustamente condenados, y conseguir paz para reconstruir sus vidas en el territorio que venían trabajando y protegiendo desde hacía años.



En Asunción, frente al Palacio de Justicia, las mujeres montaron la «Carpa de la Resistencia». Durante dos años, se plantaron en este espacio simbólico que se levantó en 2018. Lluvia o trueno, buscaron visibilizar el caso y generar alianzas con otras organizaciones; realizar actos conmemorativos y reivindicar su lucha. Incluso, vendieron los productos que eran cosechados en su comunidad.



En Marina kue, el trabajo también continuaba. Allí, el desafío consistió en reorganizar a sus familias y reanudar sus prácticas colectivas, transformando el dolor en nuevas posibilidades de existencia tanto para su gente como para el medioambiente.





Lo primero que hicieron fue identificar sus necesidades y prioridades como mujeres, madres, hijas y hermanas campesinas. Necesitaban formarse para adquirir independencia económica, una escuela para educar a sus hijas e hijos, generar alternativas de alimentación para sus familias y una manera de cuidar los bienes comunes.



Casi sin darse cuenta, iniciaron una feminización del territorio. Con el apoyo del Fondo de Mujeres del Sur (FMS), aprendieron corte y confección, producción de pastas caseras y desarrollo de huertas comunitarias. Y para las niñas y niños de la comunidad, inauguraron la escuela de plurigrado, para la que también consiguieron meriendas y kits escolares por parte del Estado.

Todas esas prácticas se desarrollaron con una visión sostenible de preservación del territorio, ante las consecuencias de la crisis climática. De esa forma, construyeron una comunidad modelo, con reminiscencias de las impulsadas por las Ligas Agrarias Cristianas durante la dictadura stronista en los 70*. Esa utopía de tener «una tierra sin mal» que sea propiedad comunal, que la enseñanza esté orientada a promover sus saberes empíricos y los bienes sean destinados a abastecer a todas las familias.

* Más información en *El sueño de una educación emancipadora* en ventanasabiertas.org.py (2022).



Las mujeres estaban retomando un relato truncado y siendo hacedoras de historia, tanto en su territorio como en Asunción, donde el 26 de julio de 2018 la Corte Suprema de Justicia absolvió a las 11 compañeras y compañeros condenados por la masacre y liberó a los cuatro que estaban en prisión.

Seis años después, los compañeros volvieron a Marina Kue y el liderazgo de las mujeres se puso en disputa. Fue un desafío para ellas, pero se afianzaron en los roles que tanto trabajo les costó construir. Sentirse autónomas —con la capacidad de administrar recursos y el bienestar de su comunidad— es una alegría para ellas.

En 2023, el Estado promulgó una ley que reconoce la propiedad de esa tierra a las campesinas y campesinos. Actualmente, la habitan más de 150 familias. Así, el horizonte de «tierra, justicia y libertad» se acercó otro paso más en el camino de Marina kue.



📍 ENTRE RÍOS, ARGENTINA

URDIMBRE DE ISLAS

Con sus expediciones, las integrantes de Taller Flotante van entretejiendo orillas, humedales e islas de la cuenca sur y centro de los ríos de la Plata y Paraná, en el litoral argentino. Tienden redes de resiliencia, cooperativismo, arte y educación popular para que el río y sus entornos sean más feministas y comunitarios. Desde sus rondas, construyen identidad al tiempo que denuncian todo lo que atenta contra el humedal, amenazando al territorio y a sus habitantes.





Al sur de Entre Ríos, frente a Rosario, la tercera ciudad más poblada de Argentina, unas 425 000 ha pertenecientes al delta del río Paraná forman parte de los humedales e islas de Victoria. Camalotales y juncos saludan el paso de las amarronadas aguas que suben y bajan sobre las oscuras arcillas gris-verdosas de las orillas. Conviven allí 180 especies de peces, 200 de aves y muchos otros animales, algunos de ellos danzando frágilmente con las alteraciones en su ambiente y lidiando con el peligro de la extinción.

El paisaje surcado de islas es cortado por el puente Rosario-Victoria y la hidrovía Paraná-Paraguay, lo que hace que todo vaya cambiando demasiado pronto y sin pensar en las consecuencias. Quemadas, sequías, bajantes históricas, contaminación de las aguas, turismo depredador y privatización de los bienes comunes y de lo público son parte de las problemáticas que afectan al territorio.*

* Más información en: *Río Feminista Fanzine Digital*.
<https://biolink.info/RioFeminista>

Las transformaciones en el ecosistema dejan incomunicadas a varias zonas, lo que vulnera a las comunidades y sobre todo a las mujeres. Las casas quedan separadas entre sí y aisladas de las ciudades. Así, la falta de políticas públicas dificulta el armado de redes y el acceso a la salud y la justicia. Las bajantes reducen la actividad económica de mujeres que residen en islas y costas como docentes, pesqueras, canoeras y rederas que trabajan codo a codo con los varones. A esto se suma que no hay transporte público –ya que la única manera de moverse es en lanchas– y son mayoritariamente los hombres quienes las manejan porque tienen licencia para hacerlo.



Para conectar islas, ideas, historias y cuerpos, con las mochilas al hombro y la compañía de sus perros, las integrantes de Taller Flotante van de expedición en expedición. En sus recorridos, en canoas y a pie, propician la circulación de conocimientos y el intercambio de saberes para ir reconfigurando lo colectivo y remar contra la corriente para evitar la migración.





Romper soledades es lo que señala la brújula. En reunión, discuten, crean campañas y ejercen sus derechos de protesta, gestión política y acción socioambiental. Ellas indagan y buscan las causas que provocan la llegada del humo y la caída de los agrotóxicos sobre las escuelas y las aguas, vulnerando la salud y afectando el sustento de la población.

Por eso, se sumaron a estrategias para abrir espacios e impulsar legislaciones, como el proyecto de la Ley de Humedales, el Plan de Manejo de la Reserva de Usos Múltiples «Humedales e Islas de Victoria» y el proyecto de Ley de Turismo Comunitario de la Provincia de Entre Ríos.

Al mismo tiempo que luchan, vibran en arte, narran, pintan, tejen alianzas para investigar, plantan sus huertas, toman la arcilla y la moldean. Quieren despertar el interés por lo público y movilizar hacia el bien común con acciones que abarquen el buen vivir.



En articulación con otras organizaciones del territorio, Taller Flotante arma la red Río Feminista, que recibe apoyo del Fondo de Mujeres del Sur (FMS) desde 2020. Buscan unirse con pares para escucharse, dar al territorio su propia voz y luchar por la soberanía del Paraná. Con iniciativas basadas en la cultura del río, se proponen expandir y enriquecer la sana vida de la isla.

Como parte del proyecto de turismo comunitario que Taller Flotante desarrolla junto a Cuidadores de la Casa Común, un grupo de mujeres decidió aprender a manejar lanchas y sacar el certificado de navegación. Así, de a poco está aumentando el número de trabajadoras independientes en el delta y se abren canales para que puedan realizar tareas que enriquezcan su labor económica y simbólica. Ellas apuntan a trabajar en cooperativa y que toda labor de gestión sea paga para hacerla sostenible.

Taller Flotante trabaja sobre la convicción de seguir recorriendo los territorios, replanteándose todo lo sabido y aprendido, (re)conociendo los espacios y poniendo en juego sus anhelos. Persiguen sueños como tener su propia sede y fantasean con fundar una universidad flotante para seguir construyendo imaginarios y mundos posibles en la isla.



Esta publicación es una realización de la **Fábrica Memética** para el **Fondo de Mujeres del Sur**, con la colaboración cercana de las activistas y organizaciones que la protagonizan.

Redacción y edición: Natalia Santos Vega, Romina Aquino y Juan Heilborn.

Ilustración: Sofía Amarilla, Lorena Barrios y Kattia Sánchez. **Edición de video:** Sonia Moura. **Diseño y coordinación:** Guadalupe Lobo. **Dirección:** Carolina Thiede.

Equipo Fondo de Mujeres del Sur: Raquel Aveiro, Juana Demarchi, Natalia Eberbach, Laura Porrini, Agustina Juárez, María Graciani. **Coordinación editorial:** Eloísa Oliva.



**FONDO DE
MUJERES
DEL SUR**

Defienden y cuidan el hogar común con ternura, con fuerza y en unión. Sus raíces ancestrales se nutren de los montes, los ríos, los humedales, las orillas, los caminos y encuentran crecimiento incluso en el árido suelo. Sus luchas conectan territorios, realidades, ideas y personas. En medio de incendios, sequías, topadoras, crisis ambientales y desidias legales, sus historias llenas de identidad y legado flotan en el aire, florecen en los campos y se entretejen en los hilos de la cultura. Siembran utopías que las abrazan, a ellas, a sus hermanas, a sus madres y abuelas, familias y comunidades. Se vinculan con la naturaleza, alimentando la soberanía de ese poder femenino que sana, produce, educa, contrarresta las violencias, apunta a la igualdad, conserva lenguas, saberes y bienes. Trazan sus propios mapas desde el cambio y con determinación, para que brote ese futuro que les permita habitar, ser más plenas, libres y autónomas.



FONDO DE
MUJERES
DEL SUR

